

LOS INAMOVIBLES

Gary J. Shipley
Los inamovibles
Primera edición: Junio de 2023
Reservados todos los derechos de esta edición
© Holobionte Ediciones 2023 – Saturnalia y Rosa Atómica, S.L.
Barcelona, España
De la traducción: © Federico Fernández Giordano 2023
ISBN: 978-84-125726-3-6
Depósito legal: B 11622-2023
Impreso en Imprenta Kadmos S.C.L., Salamanca, España

De la edición original: © Gary J. Shipley
The Unyielding, 2017, Eraserhead Press, P.O. Box 10065, Portland, Oregón, 97296, EE.UU.

De los materiales adicionales: © Gary J. Shipley
«Notes For a Future Poetics of Impossibilia: Atrocity, Deformity, Horror & Depression»,
The Fanzine, 2017.
«Aftermath», The Fanzine, 2015.
«Listen, My Sister, Listen», X-R-A-Y, 2018.
«From All the Ugly Things: Excerpt From an Interview», en *I Transgress: An Anthology
of Transgressive Fiction*, Chris Kelso, ed., Salò Press, 2019, Norwich, UK.

De las notas preliminares:
© Thogdin Ripley 2019
© Gabino Iglesias 2018

De las imágenes interiores y cubierta: © Gehard Demetz
Daddy's shoes (2019), *Warmness of teachers shoes* (2018), *Our mother bake for us* (2010)
// www.geharddemetz.com



Dirección editorial
Federico Fernández Giordano

Diseño de cubierta
Stéphane Carteron

Maquetación
María Valero Espacio

Revisión
Roberto Fernández Sastre

www.edicionesholobionte.com
edicionesholobionte@edicionesholobionte.com

LOS INAMOVIBLES

**Y OTROS RELATOS DE ATROCIDAD, DEFORMIDAD,
HORROR Y DEPRESIÓN**

GARY J. SHIPLEY

TRADUCCIÓN DE FEDERICO FERNÁNDEZ GIORDANO

ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR DE THOGDIN RIPLEY // 9

NOTA PRELIMINAR DE GABINO IGLESIAS // 11

LOS INAMOVIBLES // 15

MATERIALES ADICIONALES // 125

1. APUNTES PARA UNA POÉTICA FUTURA DE LA *IMPOSSIBILIA*:
ATROCIDAD, DEFORMIDAD, HORROR Y DEPRESIÓN // 127

2. *AFTERMATH* // 135

3. ESCUCHA, QUERIDA HERMANA, ESCUCHA // 143

4. TODAS LAS COSAS HORRIBLES: UNA ENTREVISTA // 147

NOTA PRELIMINAR DE THOGDIN RIPLEY

Shipley es el maestro moderno de un tipo de horror contemporáneo que se adentra en territorios extraños, y aún permanece por descubrir para muchos. Hace unos años tuve el honor de publicar su novela experimental *Warewolff!*, pero sin duda fue con su siguiente libro, *Los inamovibles*, con el que se adentró más decididamente en el horror corporal.

Las obras de Shipley a menudo se centran en lo que sucede cuando se ha alcanzado el punto de saturación, lo que hay más allá de más allá, lo que ocurre cuando lo que debería detenerse simplemente no lo hace. Frecuentemente sus motivos novelísticos se combinan con una deconstrucción del lenguaje, con un instinto filosófico nato para la extrapolación y la falta de lógica causal; una especie de «ruido blanco» que se ve y percibe como la realidad, y que comparte con esta muchos de sus componentes y procesos, pero que al mismo tiempo es algo abrumador y aterradoramente distinto.

Los inamovibles tiene como punto de partida la muerte de una madre y esposa, para a continuación mostrarnos, en una especie de pesadilla científicamente bien iluminada, lo que sucede cuando esta muerte se niega a disiparse. Literalmente, el cuerpo de la mujer, inmune a las fuerzas de la descomposición, quedará inmóvil y afianzado en el suelo de su apartamento. Hasta aquí, un relato que podría recordar a cosas como *This House Has People in It*, pero es en lo que transpira la historia donde se encuentran las inestables metáforas para la desolación que caracterizan a Shipley, y donde se encuentra el verdadero cambio.

«Busqué en Google cuánta sangre puede caber en un cuerpo humano. Busqué en Google cuerpos inmóviles. Busqué en Google si es posible olvidar a tus hijos.» Para asombro del narrador anónimo de la historia, el cuerpo inamovible de su esposa va apareciendo en distintos lugares de la casa y exuda un «limo» alimenticio; y, en el momento en que sus hijos ingieren por primera vez un bocado de esta sustancia mucosa, él también empezará a hacerlo. «El universo es un desastre incluso a nivel de detalle. (...) Vi cómo los humanos continuaban por los intersticios, y cómo Dios era sólo uno de esos intersticios (o hiatos).»

Así, la exploración que hace Shipley del cuerpo, y de la psicología en torno al final de esa otra cosa más desconcertante que llamamos «vida», conduce al momento en que el narrador se vuelve tan habituado a su propia aversión que pierde incluso su capacidad para sentirla, junto a todo significado. Con esto, Shipley se acerca todo lo que es posible acercarse a una especie de *descorpo-reización encarnada*, un punto donde las paredes celulares de la materia presionan contra los límites del horror más extremo.

NOTA PRELIMINAR DE GABINO IGLESIAS

Cuando los escritores hablan de trascender la narrativa, están engañándose el noventa y nueve por ciento de las veces. En la parte superior del uno por ciento restante se encuentra un autor que simplemente lo hace sin hablar de ello: Gary Shipley. Provocador, único, nuevo, extremadamente bizarro... llámenlo como quieran, pero nadie más está produciendo un tipo de literatura tan extraña, poética, filosófica y extrema como él. Los inamovibles lo logra reunir todo eso y al mismo tiempo se aproxima a una novela estándar en términos de personajes que luchan o experimentan algo, y que incluso posee una progresión lineal y cronológica; aparte de eso, es también una *nouvelle* de terror corporal *hardcore* que no se parece a nada de los que hayas leído.

Traté de moverla pero no lo conseguí. Era como si estuviera pegada al suelo, empalada a alguna cosa, o a varias cosas, porque cada parte de su cuerpo estaba rígida. Me ceñí a esta hipótesis más tiempo del

razonable. Tiré de sus pies desnudos, ambos más descoloridos que de costumbre, negros en algunas zonas, violáceos en otras, con mugre del suelo. Probé con los brazos, tirando de uno y otro con fuerza suficiente como para partirle las articulaciones, pero tampoco se movieron. Ella permaneció allí, fija en su posición.

Bienvenidos al extraño mundo de *Los inamovibles*. La esposa del narrador está muerta, pero no está descomponiéndose; está recubierta de una baba traslúcida y cuando la cortas con un cuchillo su flujo de sangre parece ser interminable. Y eso es sólo el principio. Lo que sigue podría definirse como un relato familiar sucio y surrealista, a medida que los personajes aprenden a lidiar con su vida cotidiana en presencia de un inamovible, una entidad que es a un tiempo un cuerpo, una esperanza, una imposibilidad e incluso una fuente de nutrición. Los personajes irán compartiendo sus experiencias en una página web donde otras personas de todo el mundo se enfrentan a la misma situación con un ser querido. Por desgracia, resolver las cosas es casi imposible, dado que el cambio es la única constante cuando se trata de los inamovibles.

Los inamovibles no es sólo una *nouvelle* que funciona en múltiples capas, sino que también está constituida por un núcleo central que se expande de manera rizomática. Debido a que esto es la reseña de un libro y no un artículo académico, intentaré resaltar sólo algunos conceptos básicos, incluso si no hay en absoluto «conceptos básicos» cuando hablamos de la obra de Shipley.

Como ya se ha dicho, la historia comienza con la muerte de la madre/esposa, pero rápidamente se familiarizará al lector con los nuevos y extraños sucesos que acontecen dentro del hogar. Asimismo, lo poético y lo filosófico se disputan el centro de atención en lo que respecta a la forma de la narración; a Shipley le encanta jugar con el

lenguaje, y lo hace aquí de una manera que le permite explorar la naturaleza de lo muerto y lo no-muerto.

Queríamos morir antes de saber qué era la muerte. Habíamos creído que la madre-esposa estaba muerta. Y queríamos ser como ella. Todavía pensábamos en ella como si estuviera muerta, porque los inamovibles están muertos: esa era la definición más recurrente en la web. Y nos volvíamos como ella sin morir, o moríamos como ella sin estar muertos. Cada vez que nos movíamos para algo, lo sentíamos más parecido a la muerte que cualquier otra cosa que antes hubiéramos entendido como la muerte. Si ella estaba muerta y nosotros la seguíamos, entonces llevábamos la vida como portadora de la muerte, lo cual era más que cualquier expurgación humana anterior.

Otro elemento a tener en cuenta es la propensión del autor a poner en movimiento ideas tan potentes que se diría que merecen una segunda vida fuera de la propia historia. En las narraciones de Shipley, cada parte individual es tan importante como su suma, y a veces un solo párrafo puede contener un poema, una cifra o una invitación para que miremos lo leído a través de una nueva lente.

Había un mosaico de añicos de espejo en la suavidad de su espalda. Cada trocito estaba incrustado en la baba y no quedaba espacio ni para pasar un dedo. Me vi a mí mismo mirando muchas veces a la vez. Yo mirándome a mí mismo mirándome a mí mismo sin estar preparado para lo que vi: la imagen del estúpido animal desmoronado, el pantano sombrío y engañoso. Dejé de mirar al comprender que lo que estaba viendo era mi propia mirada forjada directamente en mi esposa, en su lugar.

Por último, entre las muchas capas de lectura que abarca *Los inamovibles* encontramos cosas muy disparas. Para los fans incondicionales de la ficción de horror, esta es una historia de *body-horror* en la que una familia vive en presencia de un cuerpo que los está cambiando; lo tocan, se alimentan de él, explotan a causa de él, mutan a causa de él, intentan volverse uno con él y experimentan una amplia gama de cosas extrañas y horribles a causa de él. En el lado opuesto del espectro, los lectores que disfrutan deconstruyendo textos rápidamente notarán que todo en esta historia, al igual que el cuerpo inamovible en su epicentro, posee una doble vida. Por ejemplo, el propio cuerpo es un vehículo a través del cual el autor explora nuestra relación con la pérdida y el descubrimiento de cosas nuevas. Además, la conexión con las tecnologías digitales abre la puerta a otras personas que se encuentran en la misma situación, así como al progresivo aislamiento de sus personajes convertidos en ermitaños cuyo mundo gira en torno a la madre inamovible y el mundo on-line. *Los inamovibles* es seguramente uno de los comentarios más inteligentes sobre la omnipresencia de lo digital dentro del hogar y la forma en que mediatizamos incluso las relaciones familiares. Shipley escribe elocuentemente sobre ese tipo de rituales y ciclos interminables. Ya sea que estés buscando una novela extremadamente violenta y divertida, algo de lectura rápida, o una narrativa profunda e incisiva que explore diversidad de temas mientras la gente ve cómo sus órganos son sustituidos, todo eso se encuentra en *Los inamovibles*.

LOS INAMOVIBLES

Me adhiero a este propósito y me quema un profundo amor
por lo que allí encuentro, al punto de negarme a estar vivo
por otra razón que no sea esto; este propósito que, siendo
al mismo tiempo la vida y la muerte del ser amado, posee
el estallido de una catarata.

GEORGES BATAILLE

Cuanto antes se atreva la humanidad a armonizarse
con su dilema biológico, mejor.

PETER WESSEL ZAPFFE

Traté de moverla pero no lo conseguí. Era como si estuviera pegada al suelo, empalada a alguna cosa, o a varias cosas, porque cada parte de su cuerpo estaba rígida. Me ceñí a esta hipótesis más tiempo del razonable. Tiré de sus pies desnudos, ambos más descoloridos que de costumbre, negros en algunas zonas, violáceos en otras, con mugre del suelo. Probé con los brazos, tirando de uno y otro con fuerza suficiente como para partirle las articulaciones, pero tampoco se movieron. Ella permaneció allí, fija en su posición.

Recuerdo que me había irritado no poder abrir la puerta. Llamé con los nudillos y ella vino desde el salón, donde se encontraría viendo la tele, y me abrió. Así es como fue. Cuando entré y la vi tumbada boca abajo en el suelo del angosto pasillo, cerré la puerta detrás de mí sin reparar en que mis llaves colgaban de la cerradura. Pasaron días antes de advertir que habían desaparecido.

Me pareció que movía apenas la cabeza. Me arrodillé en el suelo y le aparté el pelo de la cara. Me fijé en su ojo y en un hilo de sangre seca que le resbalaba desde las fosas nasales, pasándole por los labios hasta la barbilla.

Me incliné aún más para oler su cabello. Olía a champú, como recién lavado. También había otro olor, que no lo gré reconocer; no provenía del pelo, sino de otra zona del cuerpo. Acerqué la nariz a su brazo y di un súbito respingo, retrocediendo tan bruscamente que me golpeé la nuca contra la pared. No sentí dolor: lo único que percibía era ese olor que parecía fuera de lugar, llegado de ninguna parte.

Intenté ponerme en pie pero las piernas se negaron a responder, aunque sin duda sabían cómo hacerlo. Apoyé la espalda contra la pared y respiré hondo. No me fiaba de lo que pudiera inhalar, así que me tapé la nariz y la boca con una mano.

Saqué el teléfono de mi bolsillo y lo observé fijamente. Miré la hora una y otra vez, hasta que cambió (de 18.18 a 18.19). Miré el nuevo número. Pasé la pantalla y puse el dedo sobre el cuadro verde con el receptor blanco. Me quedé así, como si algo fuera a ocurrir sin que yo tuviera que hacerlo.

Habían insistido en hablar con los otros inquilinos, con mis vecinos más inmediatos. Estos dijeron que la oían a través de las paredes, y también a mí. Que la veían cojeando por las tiendas. Se había vuelto introvertida desde que comenzaron a hacer preguntas, desde que empezaron a interesarse y ofrecer ayuda.

En la pared del fondo del salón, al final del angosto pasillo, un rectángulo de luz parpadeaba a intervalos

regulares. Oí sonidos de guerra procedentes de otro país. Vomité sobre mis zapatos y mis calcetines.

Puedo parecer insensible, pero fui a la cocina por unas tijeras para cortarle la ropa. Corté los vaqueros por debajo de la cintura, se los saqué y los dejé doblados a un lado, en el suelo. Tenía los muslos recubiertos de un sudor frío con pequeños grumos jabonosos, como si la hubieran untado con cola de empapelado.

Empecé a cortar las bragas y vi que estaban limpias. Entonces dudé que estuviera muerta. No resistí la tentación de hablarle al oído, sobre la oreja derecha, que estaba ligeramente elevada y el cabello le caía alrededor como una cortina. Como si ella pudiera estar escuchando. ¿Te puedes creer que le pregunté si estaba viva? Se lo pregunté más de una vez. Y creo que también le dije que no sabía si yo mismo estaba vivo; se lo dije como si creyera que al resto del mundo sí le constara tal certeza.

El volumen de la televisión subió de repente. Me imaginé al responsable de la muerte de mi esposa sentado en el sofá, con el mando a distancia en la mano. Pero duró un instante y, de algún modo, enseguida supe que estábamos solos sin remedio.

A continuación seguí cortando por la línea de su columna vertebral. Llevaba un suéter negro y ajustado. Atrapé el tirante del sostén también. Luego corté las mangas, apartando la tela a medida que avanzaba.

Me erguí sobre ella, esperando alguna clase de reacción. Parecía que la hubieran desollado. O un animal que hubiera nacido completamente vestido, con una especie de

membrana mucosa debajo, brillante y aceitosa, para evitar que una dermis se fusionase con la otra.

Traté de moverla de nuevo. Su tacto semejaba el de un anfibio, con aquella película similar a un limo frío y traslúcido cubriéndole todo el cuerpo excepto las extremidades. Sin embargo, tras unos segundos ya no me pareció tanto una capa sobre la piel sino la piel misma; la superficie de su piel experimentando algún tipo de degeneración.

Caminé a su alrededor en el angosto pasillo, pasando por encima de sus extremidades, sus manos y sus pies a sólo unos centímetros de la pared.

Me sonó el móvil y contesté al punto, sin decir nada. Era la hermana de mi esposa. Estaba muy agitada: *¿Dónde está Petra? ¿Dónde está Petra?* Le dije que no estaba, que volviera a intentarlo más tarde. *¡Tengo mucho que contarle! La fiesta... y también otras cosas. Ya falta menos de un mes. Nos veremos allí, ¿no?* Le dije que sí. La conversación empezó a perder impulso y terminó. Me quedé sosteniendo el teléfono como si alguna clase de respuesta pudiera aparecer de allí; traté de pensar en un lugar adonde ir que no fuera el lugar en que me encontraba. La pantalla de bloqueo desapareció y luego reapareció y entre medio no pasó nada.

Incluso con la ropa cortada, no parecía que mis esfuerzos por moverla o levantarla fueran a surtir ningún efecto. Lo único que podía hacer era sentarme en el angosto pasillo y esperar a que regresara.

Al cabo de dos o tres semanas, cuando por primera vez le hice un corte con un cuchillo, del tajo brotó un chorro de sangre que alcanzó el techo, justo sobre nosotros,